

MAÑANA EL CAPITALISMO

POR

LOUIS SALLERON

Añadiendo un punto de interrogación, damos a este artículo el título de un libro que acaba de publicar un joven economista francés en la colección "Pluriel" del "Livre de Poche". ¿Se ha elegido bien el momento para hablar del capitalismo? A través de las vicisitudes de la política siempre es momento, pues las estructuras sociales no evolucionan sino lentamente; y aun cuando las afecta alguna mutación profunda, no siempre es evidente que sean sustancialmente muy diferentes aquellas que las reemplazan.

Además, es preciso saber de qué se habla. El Sr. Henri Lepage, autor de *Mañana el Capitalismo*, nos anuncia en las últimas páginas de su libro que es de la sociedad liberal de lo que trata, pues escribe: "Liberalismo y capitalismo, a mis ojos, son exactamente la misma cosa" (pág. 418). Con ese presupuesto hubiera hecho mejor en titular su libro *Mañana el liberalismo*, pues si quiere ceñirse a una sola palabra para evocar a la sociedad liberal, la palabra "liberalismo" la expresa evidentemente mejor que la palabra "capitalismo", pues todo el mundo admite que se hable del "capitalismo de Estado". Sin duda, el Sr. Lepage ha pensado que "capitalismo" tiene una resonancia más económica que "liberalismo", cuyas raíces son más políticas e incluso más filosóficas. Así, pues, es de economía política de lo que nos habla. El conjunto de las libertades individuales y sociales a las que, como todo el mundo, se halla conjugado, no se desarrollarán ni se desplegarán si no se aseguran las libertades económicas, que son evocadas precisamente por la palabra "capitalismo".

Concretamente, las 448 páginas del libro están consagradas al neo-liberalismo americano, cuyo jefe de fila más conocido en Francia es Milton Friedmann, que desde hace veinticinco años toma ya

figura de antepasado, mientras que su línea se ha diversificado en varias escuelas, principalmente en la Escuela de Chicago y la Escuela de Virginia, que rivalizan en ardor y sutilidad en sus asaltos convergentes contra el estatismo y la burocracia.

¿Qué es lo fuerte y lo débil de este neo-liberalismo americano? Sencillamente, lo mismo que es lo débil y lo fuerte del liberalismo tradicional.

¿Lo fuerte? Evidentemente lo es la crítica del estatismo y de la burocracia. Todo el mundo está de acuerdo en eso. El individuo se ahoga entre las complicaciones, las imposiciones y el "papeleo" que originan los organismos e instituciones que se dice tienen por fin el de prestarle el máximo de servicios. Existe, por otra parte, el sentimiento de que esos servicios no solamente podrían ser mejores, sino mucho menos costosos si se dejaran a la iniciativa y a la competencia de los empresarios. A este respecto, los franceses están aún en peor situación que los americanos. Ya se trate de los transportes, los correos, las telecomunicaciones, la seguridad social o de mil otras cosas, el Estado-Providencia aparece cada vez menos providencial. El consumidor está cada día más convencido de que su protección está muy mal asegurada por la red de leyes y reglamentaciones que sirven de pretexto a esta protección. La libertad le parece preferible y es preciso creer que esta opinión es unánime, puesto que los partidos políticos más anti-capitalistas, para justificar sus programas, ponen siempre la libertad por delante.

Entonces, ¿qué es lo débil? Lo débil se halla en la pobreza o en la inexistencia del análisis de cuáles son las causas de la socialización creciente y, más esencialmente, en el error radical de la filosofía liberal en cuanto a su concepción del hombre y de la sociedad.

Si hay en el mundo un país en el cual el capitalismo liberal haya nacido y se haya desarrollado en un consenso general, es América. ¿Por qué en estas condiciones se ha insinuado en él el socialismo burocrático tanto privado como público? ¿Y por qué la ideología socialista ha conquistado una porción, minoritaria ciertamente, pero no despreciable, de sus mentalidades? El libro de Henri Lepage no aclara apenas estos puntos. Hubiera sido, sin embargo, muy interesante que los aclarase. Sabemos cuáles han sido en Francia, y en

términos más generales en Europa, las causas de la socialización. Apenas lo sabemos de los Estados Unidos. Ciertamente, un capítulo del libro se titula "¿Por qué crece el Estado?". Pero este capítulo está consagrado más bien a la crítica del crecimiento del Estado y a las formas de contenerlo que al análisis de sus causas y de sus procesos.

Sin embargo, en esta misma crítica encontramos lo que a nuestros ojos constituye el error radical, el error de base del neo-liberalismo americano.

En efecto, de la crítica del crecimiento del Estado resulta la idea, ciertamente justa, de que en la "política" se halla el origen de la degradación de las libertades económicas y de las libertades cívicas. Digamos, en términos sencillos, que los electores tienen siempre la tendencia de votar por quienes proponen proyectos destinados a corregir mediante la ayuda del poder público, los abusos o injusticias que sufren. Con esto se sale ganando a corto plazo por las satisfacciones inmediatas que se obtienen. Pero a largo plazo se sale perdiendo por el costo y el peso de las reglamentaciones del Estado-Providencia. Se trata, pues, de un mal "político", cuyo remedio no puede ser sino "político". El postulado democrático afirma que el voto de la "mayoría" expresa la "voluntad general" y que ésta es idéntica al "interés general". Doble salto de cuyos efectos puede colegirse se está o no bien fundado. Desde el siglo XVIII, Condorcet (cuyo nombre es felizmente recordado por el Sr. Lepage) se había dedicado a estudiar este problema. Kenneth Arron se ha ocupado, a su vez, de él en el año cincuenta, y con él la Escuela de la "Public Choise". Pero su conclusión es paradójica. Piensan que si el sistema político funciona mal es porque ignora al hombre económico, el *homo economicus*, y que el día en que se reintegrase la política en la economía, cuando se haya comprendido que las leyes políticas no son de naturaleza distinta que las leyes económicas, el crecimiento del Estado se parará. Los ciudadanos serán más ricos y más libres.

Hay en esta asimilación de lo político a lo económico dos problemas diferentes que deben ser considerados: el de la burocracia y el de la designación de los dirigentes (sistema electoral). En lo que se refiere a la burocracia, es claramente excesivo el enfocar su

buen funcionamiento partiendo de las ideas de la competencia y del interés personal. Una administración no es una empresa. Sin embargo, existen analogías y, sobre todo, las reglas de una buena organización del trabajo son prácticamente las mismas en los dos casos. (A este respecto Francia está muy en retraso respecto a los Estados Unidos.) En lo que concierne al régimen electoral no se percibe apenas cómo el cálculo económico puede determinar el mejor sistema. Las explicaciones suministradas por la Escuela del "Public Chace", son más bien oscuras.

Nos limitaremos a este ejemplo, por lo característico que resulta. Pero todo el neo-liberalismo americano, en todas sus diversas escuelas, testimonia este imperialismo ideológico del capitalismo liberal, por la doble reducción de la sociedad a la sociedad económica y del hombre al *homo economicus*. Finalmente, se trata de una filosofía fundamentalmente "materialista", cuyos grandes temas son los mismos de los siglos XVIII y XIX: individualismo, utilitarismo, racionalismo, progresismo, cientifismo, etc. El comunismo, a este respecto, no es sino la inversión dialéctica de la misma filosofía. Basta sustituir individuo por Estado, micro-economía, mercado por planificación, etc.; la visión de un universo económico regido por la eficacia en el dominio de la naturaleza es (anti-) metafísicamente idéntica.

Podríamos apuntalar estas proposiciones con múltiples citas. Contentémonos con estas:

"El instrumento económico fundado en el postulado de lo racional está en camino de afirmarse como el más eficaz de todos los que disponen los investigadores de ciencias sociales" (pág. 48).

"... no es por casualidad que entre los economistas neo-liberales que hemos citado por sus nombres, un gran número son, a menudo, antiguos socialistas, o hasta antiguos marxistas, de buen tinte, convertidos a la economía de mercado y al capitalismo por la sola práctica de la reflexión científica" (pág. 50).

"... (el objetivo era mostrar) cómo a partir de unos conceptos muy marxistas (relación entre super-estructura e infraestructura), se puede desarrollar un análisis económico no marxista para la historia, probablemente mucho más eficaz que aquél" (pág. 119).

"... los trabajos del «Public Choice» se integran en el vasto movimiento de verificación empírica del paradigma del Homo economicus, emprendido desde hace veinte años por los economistas americanos de la escuela de Chicago, que prueban sistemáticamente su aplicabilidad a toda la esfera de las decisiones humanas y de las relaciones sociales: teoría de la familia, teoría del matrimonio, teoría del altruismo y de la caridad, teoría del capital humano y de la educación, teoría de la práctica religiosa, etc. (pág. 192).

"Incluso los fenómenos sociales más complejos pueden explicarse remontándose al individuo y sin que haya necesidad de invocar la existencia de procesos colectivos irreducibles en el individuo (página 363).

"... Se trata de una empresa que, apoyándose sobre los conceptos de la nueva economía desarrollada por los economistas neo-liberales americanos, se esfuerza en demostrar que igualmente se puede aplicar la metodología económica al estudio del matrimonio, de la religión, de la política, del crimen, etc., asimismo es posible mejorar la comprensión de los mecanismos que presionen los deslizamientos de los valores de la civilización utilizando las herramientas clásicas del análisis económico neo-clásico" (pág. 445).

Todo lo que es excesivo resulta insignificante. Los excesos del neo-liberalismo son desgraciadamente muy "significativos". Significan el progreso del "reino de la cantidad", como lo llamaba Guénon (1). Es tanto más de lamentar que la misma economía de mercado corra el riesgo de sufrir por ello. La confusión de lo espiritual, de lo político y de lo económico perjudica a lo espiritual, a lo político y a lo económico. El daño económico es evidentemente el menos grave para el hombre. Pero a través del totalitarismo tiene también su importancia. La "lectura económica" del Evangelio, no vale más que su lectura política (o marxista, o estructuralista, o psicoanalítica, etc.). Se matan las verdades segundas y relativas a sectores determinados cuando se pretende erigirlas en Verdad universal, englobando al hombre y al cosmos.

(1) Cfr. René Guénon, por Paul Sérant, 2.^a ed. revisada y aumentada, *Le Courrier du Livre*, 21 rue de Seine, París, 1977.